

CULPABLE

Y aun hoy, cuarenta años después, mantiene la desoladora idea que se formó entonces de que ya durante toda su vida la pillaría el toro tirara por el camino que tirase. Y de que por el resto de sus días tendría problemas porque tan expuesta iba a encontrarse siempre como entonces a ser interpretada, sin quererlo, y en riesgo de que se la invistiese de una dignidad o de un oprobio que pudieran muy bien no ser suyos y sí sólo el reflejo del pensamiento o el deseo de quien quisiera ver colmadas sus expectativas, a través de ella, en cada momento.

Utiliza la mano posibla



Y en esa testura de economizarlas se mantuvo más o menos conforme durante algunas años hasta que, una tarde en la playa cuando tenía, creo, diecisiete, sucedió algo que hubiese podido no tener la menor importancia.

Estaban en Santa Pola, con dos amigas de su edad que sus padres habían invitado a pasar las vacaciones. Se llamaban una Aurora y la otra María Isabel; y ninguna era muy, lo que se dice muy amigas de ninguna de las otras, sino hijas de padre que cada uno por su lado tenían amistad con algún otro padre o madre.

Cuando llevaban allí unos días entendió que la forma de funcionar de ellas, de estar y de relacionarse con otras personas y, en particular, con los chicos, a ella no le iba. Pero no dijo nada.

Si se planteó que fuera necesario decir nada; sólo decidió, sin más contemplaciones, que cuando salieran ella diría que no gracias, que se quedaba en casa, sin imaginar que eso fuese a ocasionar ningún tipo de problema.

Pero los ocasionó. Los ocasionó cuando aquella tarde expresó sin complicación ninguna su deseo de no acudir a no sabe qué lugar al que ellas iban y, tras un cierto tira y afloja en que sus padres se crisparon un poquito con ella, se quedó.

Cuando estuvieron solas su padre le contó una bronca enorme porque era, dijo, una grosera; ellas eran sus invitadas y, como anfitriona, hubiese debido acompañarlas.

Aguantó el rapapelo sin rechistar y, bueno, así quedó la cosa por unos días.

Quiso la mala suerte, sin embargo, que una noche en que ellas estaban en la terraza hablando de sus cosas en voz baja, el padre, que siempre tuvo un sueño muy ligero, las oyó.

Ella no supo personalmente de qué hablaban, supone que porque estaría durmiendo y su sueño nunca fue ligero. Y lo que conjeturó que escuchó el padre siempre supuso que no era ni mucho menos como para organizar la escena que él organizó.

Y dijo escena en su pura acepción de espectáculo sobre un escenario; no porque el padre les llamase a ellas la atención de algún modo, que no lo hizo, sino por el dramatismo y las lágrimas en los ojos con que cuando hubo ocasión, es

de entre los papeles de
mi baúlito chico

∞

Pero en estas páginas no pone nada de que pertenezcan al diario de Albertina; aunque cabe la posibilidad de que Albertina sea no la niña sino la persona que lo cuenta años después.

Lo que sí están es dentro de la misma carpeta que [estas otras](#)

CULPABLE

con el coraje que me da este tipo de cosas